

La Aurora Sioux

Javier González Valdearcos

*A todos los que creen en un mañana.
A mi esposa e hija por alentarme en este sueño de contar historias.*

Vacía los viejos pensamientos, palabras y emociones de tu cuerpo y mente para que tu corazón pueda mostrarte la nueva historia que viniste a vivir.

Pequeña reseña histórica

En los actuales estados de Wyoming, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Montana, Colorado y Nebraska, entre otros, antes de la llegada del hombre blanco, se repartían una serie de pueblos hoy denominados nativos norteamericanos de las praderas y grandes llanuras.

Su ubicación fue un constante deambular motivado por la caza, la búsqueda de recursos y las continuas pugnas entre las diversas tribus. Esta historia se emplaza en una hipotética localización que abarca los territorios del Sur del parque Yellowstone y las Colinas Negras (sagradas para los *sioux*), y descendiendo al Sur hacia Nebraska occidental y Colorado nororiental.

La ficción que desarrollo tanto en *La Aurora Sioux* como en *La Reliquia Cheyenne* y *El Fuego Pawnee* pretende contar una historia que ayude al lector a comprender el mundo de aquellos pueblos y cómo debían vivir y sentir los hombres y mujeres de las praderas. La historia carece de buenos y malos, pues se desarrolla en un tiempo de supervivencia que se podría enmarcar entre la llegada del caballo a las praderas y el cruce del Missouri por el hombre blanco como límites. Es un contexto histórico marcado por las luchas entre ingleses y franceses al Norte, la guerra de los siete años y posteriormente

la guerra de independencia de los Estados Unidos por el Este, así como de la presión del imperio español por el Sur.

Es realmente difícil entender el mapa étnico que se dibujaba, pues estaba sujeto a constantes movimientos a la búsqueda de materias primas y alimentos y marcado por las migraciones constantes que implicaban las luchas por la hegemonía en una zona. Hay que tener en cuenta que, en apenas doscientos años, muchos de los pueblos que originariamente residían en la región de los grandes lagos o en California fueron desplazándose hacia las llanuras o las zonas áridas, dependiendo de sus enemigos y de la presión que ejercieron ingleses y españoles principalmente en la geolocalización de los pueblos.

-Tres Coyotes: Un poblado *oglala* (una de las tribus *sioux* de dialecto *lakota* instaladas más al Oeste de las llanuras). Los *sioux* se dividen en tres grupos lingüísticos (*dakota*, *nakota* y *lakota*) y cada uno de ellos contenía diversas tribus. Fueron originariamente expulsados de la zona de los grandes lagos hacia el Sur y posteriormente se convirtieron en una de las grandes naciones indígenas de Norteamérica, quizás la más representativa de todas, y una de las más beligerantes con el hombre blanco.

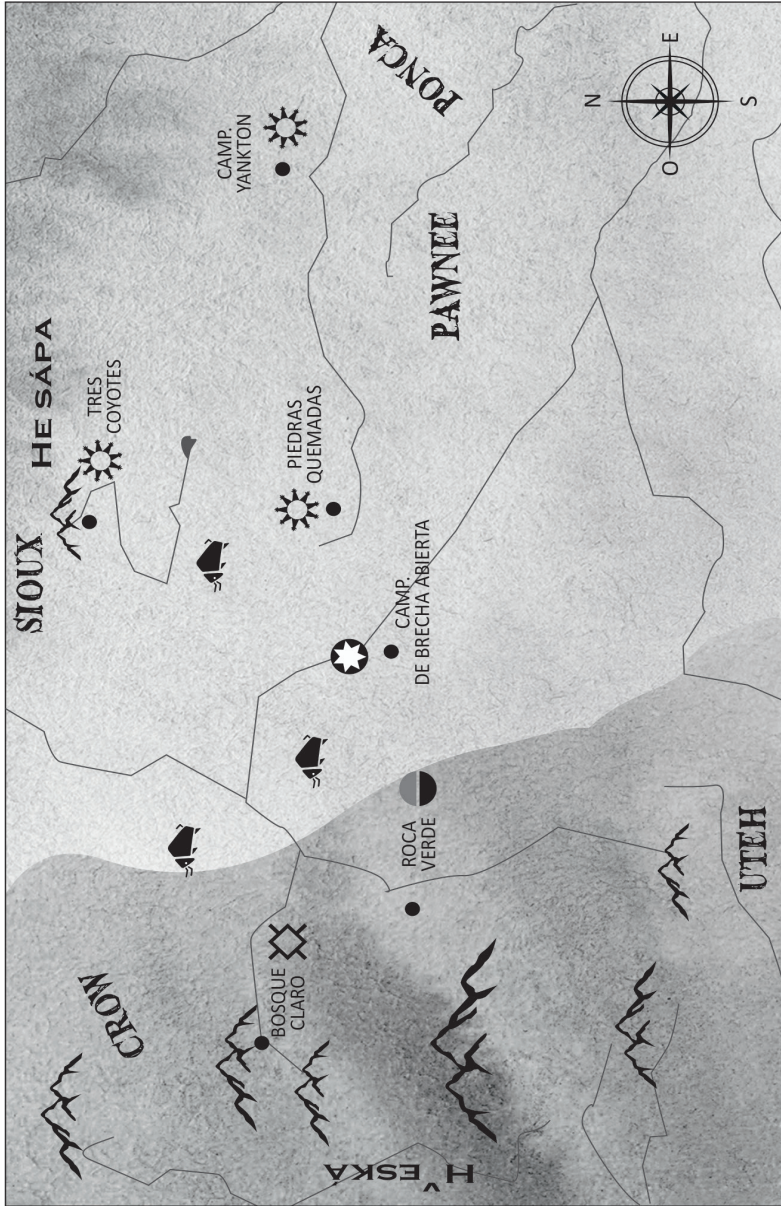
-Bosque Claro: Enclave *cheyenne*. Los *cheyenne* migraron desde el Norte, cerca también de los grandes lagos, empujados por otras tribus, hasta que finalmente se situaron sobre el hoy conocido Río Platte. Otros grupos fueron más al Norte o hacia Colorado, mucho más al Sur.

-Roca Verde: Poblado *arapaho*. Los *arapaho* fueron un pueblo de lengua algonquina. Vivieron en los estados de Wyoming y Colorado, en su parte más oriental, después de ser expulsados de las zonas de los grandes lagos por tribus como los *chippewa*.

-Los *apsaalooke* o *crow* (así fueron bautizados por el hombre blanco) eran un pueblo que vivió cerca de lo que hoy sería el Río Yellowstone y por las Montañas Rocosas hasta las tierras de los *dakota* y *lakota*, al Sur de su posición, con los que estaban permanentemente en pugna.

-Los *chahiksichahiks* o *pawnee*: Otro de los pueblos de las praderas aparentemente emparentados con los *arikara*. Se autodenominaban hombres entre los hombres. Eran enemigos de los *sioux*, *arapaho* y *cheyenne*, y conocidos por su valor y fiereza en combate. Era un pueblo supuestamente originario de la zona de Dakota del Sur, que fue migrando al Sur de las praderas hasta Nebraska, donde se encontraron con otro de sus grandes enemigos, los *kiowas*. Otros grupos *pawnee* siguieron descendiendo hasta zonas boscosas de Arkansas y Luisiana. Adoraban las estrellas, especialmente el Lucero del alba, y eran grandes agricultores y astrónomos de lengua *caddoana* emparentada con los iroqueses. Hacían partidas de caza para conseguir carne un par de veces al año, al comenzar el verano y antes del invierno, a finales del otoño. Los *skidi* eran uno de sus grupos.

Sea como fuere, el crisol de tribus, lenguas y clanes de esta cultura tan compleja y dispar hace muy difícil su comprensión para nosotros. Tengamos también en cuenta que con el paso del tiempo, las alianzas y enemistades evolucionaban, consecuencia de los intereses respectivos. Ejemplo claro de ello fue la inicial enemistad entre *kiowas* y *comanches*, que más tarde se convirtieron en grandes aliados.



SIOUX



ARAPAHO



CHEYENNE



PAWNEE

Dramatis personae

Aullido Lejano—Guerrero *sioux-oglala*.

Briznas al Cielo—Hija menor de Piedra Rota.

Piedra Rota—Jefe tribal de los *sioux-oglala* del campamento Tres Coyotes, padre de Briznas al Cielo.

Dos Lunas—Esposa de Piedra Rota, madre de Briznas al Cielo.

Pluma Roja—Jefe tribal de los *arapaho* del campamento Roca Verde.

Musgo Fresco—*Arapaho*, hijo primogénito de Pluma Roja.

Pies Ligeros—Buhonero (comerciante) *cheyenne*.

Noche en Calma—Joven mujer *cheyenne* del campamento Bosque Claro.

Danza de Ciervos—Guerrero y explorador de los *cheyenne* de Bosque Claro.

Topo Soñador—*Cheyenne*, padre de Noche en Calma.

Perro Rabioso—Guerrero *cheyenne*.

Águila Blanca—Jefe tribal de los *cheyenne* de Bosque Claro.

Oso Erguido—Jefe tribal de los *apsaalooke*.

Brecha Abierta—Jefe de guerra de los *chahiksichahiks-skidi* o *pawnee-skidi*.

Capítulo 1

Agazapado entre los juncos cercanos a la orilla del río, Aullido Lejano aguardaba a que apareciese su presa. Cualquier ruido que hiciese le delataría. El objetivo podía presentarse de un momento a otro desde cualquier lugar a su alrededor. Sus ojos estaban acostumbrados a la oscuridad que aún dominaba todo, pese a la amenaza de una claridad que iba trazando sus pinceladas en el firmamento, desde el horizonte.

Escuchó lo que parecía ser una pisada sobre alguna ramita seca o quizás unas piedras sueltas que se habían cruzado en el camino de su objetivo. Acuclillado como estaba, se giró levemente hacia el origen del sonido y a sus oídos llegó lo que sucedía unos segundos después de aquel chasquido.

La presa continuó su avance tras un instante de precavido silencio, prestando gran atención a las reacciones de la pisada que la había delatado. Sus pasos eran delicados, incluso inseguros. Sabía que el peligro amenazaba y era cuidadosa en sus movimientos.

El *sioux* supo que sería difícil sorprenderla, pero estaba entrenado para aquello. ¿Cuántas veces no había estado en esa situación, agazapado y a la espera, sin poder apenas respirar ante una amenaza enemiga, o acechante ante la cercanía de un objetivo?

La figura de la presa se dibujó entre las hileras de juncos que ocultaban al depredador. De un salto, en un certero movimiento rápido y enérgico, el objetivo sería suyo. Era el momento. Espoleó todos los músculos de su cuerpo, que aguardaban tensos y contraídos, y se abalanzó como un puma desde su escondrijo hacia su víctima, que apenas tuvo tiempo de reaccionar. Esta se giró hacia la masa de músculo que brincaba desde la oscuridad en un intento por eludir su emboscada, pero ya era demasiado tarde.

La mano de su captor impidió que un grito rompiera la quietud nocturna. Los brazos y piernas de Aullido Lejano se cerraban sobre el cuerpo de la presa derribada, que al principio se había resistido. Ahora yacía rendida al comprender lo sucedido.

—Ni una palabra. Los centinelas pueden escuchar.

—¿Por qué eres tan tonto? No soy un venado, ni un *apsaalooke* o un *pawnee*. Me has dado un susto de muerte —la mujer se llevó la mano al pecho—. Pensé que eras uno de los vigilantes del perímetro. Casi haces que se me pare el corazón.

El *sioux* posó su mano en uno de los senos de la hermosa mujer. Aunque se mantuvo firme, ella acompañó aquella mano que ascendía con la suya para dejarse después atrapar. Él sintió su fuego masculino arder bajo el taparrabos.

—Quieto. Me has asustado mucho —protestó la mujer desde el suelo en un susurro mientras besaba los carnosos labios de su captor al mismo tiempo que trataba de zafarse de sus zarpas.

—Has tardado demasiado —protestó el guerrero.

—Mi hermana tenía hoy el sueño ligero. Llegué a pensar que no sería capaz de venir a nuestra cita.

—Casi me duermo —protestó él.

Los dos cuerpos se fundieron en un abrazo y se recorrieron el uno al otro. El premio a la larga espera de Aullido Lejano estaba mereciendo la pena. Aquel cuerpo deseable y turgente, aquellos muslos firmes, aquellos labios prominentes y carnosos recorriendo su cuerpo... Cada recoveco de ella merecía la pena. No había mujer más hermosa y nadie le hacía arder de deseo como ella. Aullido Lejano sintió que su cuerpo se estremecía con una energía que le hacía capaz de cualquier cosa.

—No hagas ruido, Aullido Lejano. Hay oídos por todas partes. Podemos llamar la atención de los vigilantes.

—Ellos suelen encontrarse en el exterior del campamento. Recuerda que tratan de evitar que alguien nos sorprenda desde afuera. Su cometido es dar la alarma si alguien quiere entrar. No les preocupa quien salga a evacuar o quien padezca de insomnio y decida contemplar las estrellas.

—Pero si nos ven aquí sabrán que pretendes yacer con la hija de Piedra Rota, y entonces... ¿qué pasará?

Aullido Lejano besó en la boca a la mujer, a la que cubría con el peso de su cuerpo. Se incorporó ligeramente y se tumbó de costado junto a ella. Sus manos no dejaron de recorrer el cuerpo ya semi-desnudo de la joven.

—Quiero terminar ya con este juego de escondernos para compartir apenas unos instantes. Quiero tomarte en mi tipi y contemplar tu cuerpo a la luz anaranjada de las ascuas. Esto me tiene cansado.

—¿Y cuándo te vas a decidir a hablar con mi padre?

—Pronto. No puedo esperar más.

La mujer le acarició el rostro con su dedo índice y le dedicó una sonrisa que precedió a un aluvión de besos, caricias y gemidos,

escondidos tras los altos juncos y el grupo de árboles que decoraban aquel lugar, lecho de la pasión de los amantes.

Briznas al Cielo era preciosa. Su cuerpo era menudo, y sin embargo, unas delicadas curvas la hacían deseable para cualquier hombre. Sus ojos almendrados albergaban un iris grande de un marrón oscuro que decoraban unas pestañas largas y finas. Su mirada, enigmática y sensual, tenía el poder de anular la voluntad. Sus pómulos poco prominentes se iban disipando conforme descendía su rostro. Sus generosos labios y unos dientes blancos como la nieve seducían al mostrarse en cada sonrisa, y su mentón delicado, que se iba alargando suavemente para cerrar su rostro, la salpicaba de picardía. Llevaba el pelo recogido en una cola a la altura de su esbelto y sugerente cuello que solía dejar caer por su lado derecho, alcanzando sus puntas el busto, en el que sus senos despuntaban gráciles y orgullosos. Cualquier ropa que vistiese enmarcaba su delicioso cuerpo y sus movimientos, casi vaporosos, la hacían delicada, femenina y tremendamente deseable. Aullido Lejano se rendía a la opresión en el pecho y al escalofrío que le invadían cuando en su ausencia la imaginaba.

Se perdieron en su frenesí de cariño y sexo intenso, hasta que la aurora *sioux* comenzó a amenazar su secreto.



—Campamento *sioux-oglala* Tres Coyotes—

Los hombres y las mujeres despertaron en el poblado de Tres Coyotes, que poco a poco fue recuperando la actividad y llenándolo todo de su dinamismo. El asentamiento *oglala* de más al Oeste de las Colinas Negras, cerca de las grandes montañas, era uno de los poblados *sioux* de dialecto *lakota* más grandes de aquella región. Al-

rededor de cuarenta tipis distribuidos en círculos concéntricos alojaban a un nutrido grupo de artesanos, cazadores, hombres de poder, niños y esclavos. En su centro, un imponente tótem de madera de cedro: tallado con las representaciones del oso, el águila y el lobo, acompañaba a la hoguera donde el fuego ceremonial se encendía en las noches de celebración. A varios tiros de flecha de la espalda del campamento, las Colinas Negras, pobladas de abetos, hayas, pináceas y cedros de altura, rompían la línea del horizonte. Desde allí, surcando su bosque, que tapizaba las elevaciones con su abundante arbolado, discurría un río de aguas cristalinas y poco profundas: el Río del Bosque, que al abandonar el refugio de las tierras boscosas se internaba en la brecha abierta que mediaba entre el campamento y la base de la cordillera. Llegaba al poblado por donde el sol se ponía, y justo allí, desembocaba en otro río de aguas más profundas y mansas, en cuyas orillas la hierba crecía alta salpicando de flores la pradera en primavera para quedar cubierta de un manto blanco y espeso en los duros inviernos. Hacia el Este se extendía hasta el confín del mundo una inmensa planicie en la que el horizonte saludaba al sol cada nuevo día. En aquel enclave se había levantado el orgulloso Tres Coyotes, rodeado de belleza y luz.